

instante la elevación natural de los sentimientos y de las ideas, la delicadeza y regularidad de los gustos y la urbanidad de las costumbres.

Las maneras de la aristocracia daban muy bellas ilusiones sobre la naturaleza humana, y aunque el cuadro fuese frecuentemente engañoso, se experimentaba, sin embargo, un noble placer al mirarlo.

## CAPÍTULO XV

---

**De la gravedad de los americanos, y de las razones por que ésta no les impide hacer muchas veces cosas inconsideradas.**

Los hombres que viven en los países democráticos, no se entregan, por lo regular, á esa especie de diversiones sencillas, groseras y turbulentas á que el pueblo se abandona en las aristocracias, porque las encuentran pueriles ó insípidas. Tampoco muestran gusto por las intelectuales y refinadas de las clases aristocráticas, porque necesitan de alguna cosa productiva y substancial en sus placeres y quieren mezclar con goces su alegría.

En las sociedades aristocráticas, el pueblo se entrega gustoso á los transportes de una alegría ruidosa y de tumulto que lo arranca repentinamente de la contemplación de sus miserias; pero los habitantes de las democracias no aman esas agitaciones violentas que los ponen fuera de sí mismos y rara vez se entregan á ellas; prefieren á esos transportes frívolos, las recreaciones graves y silenciosas, que se parecen á los mismos negocios y que no se los dejan olvidar enteramente.

Hay americano que en lugar de ir en los momentos de descanso á bailar alegremente en las reuniones públicas, como lo hacen la mayor parte de las gentes de su profesión en Europa, se encierra solo á beber en lo más retirado de su habitación. Este hombre goza á la vez de dos placeres: piensa en sus negocios y se embriaga decentemente en medio de su familia.

Yo creía que los ingleses formaban la nación más seria de la tierra, pero cuando he visto á los americanos he cambiado de

opinión: no diré que el temperamento no influya mucho en el carácter de los habitantes de los Estados Unidos, pero con todo, creo que las instituciones políticas contribuyen todavía más.

Pienso que la gravedad de los americanos nace en parte de su orgullo. En los países democráticos, el pobre mismo tiene una alta idea de su valor personal, se contempla con placer y cree que los otros le observan. Con semejante disposición tiene siempre cuidado de vigilar sus palabras y sus hechos y se contiene siempre por temor de descubrir lo que le falta, figurándose que para parecer digno, es preciso mantenerse grave.

Pero yo descubro otra causa más íntima y poderosa, que produce como por instinto en los americanos, esa gravedad que tanto admiro.

Bajo el despotismo, los pueblos se abandonan de tiempo en tiempo á los excesos de una loca alegría; pero, en general son tristes y melancólicos, porque tienen miedo.

En las monarquías absolutas, que atemperan los usos y las costumbres, dejan ver, por lo regular, un carácter festivo é igual, porque gozando de alguna libertad y de una seguridad suficiente, están exentos de los cuidados más importantes de la vida; pero todos los pueblos libres son graves, porque su espíritu se halla habitualmente ocupado en algún proyecto difícil ó peligroso.

Esto sucede particularmente en los pueblos libres que están constituidos en democracia; se encuentra entonces en todas las clases un número infinito de gentes ocupadas sin cesar en los negocios delicados del Gobierno, y los que no piensan en dirigir la fortuna pública, se entregan completamente al cuidado de aumentar su fortuna privada. En un pueblo semejante, la gravedad no es peculiar á ciertos hombres, sino que se hace un hábito nacional.

Se habla mucho de pequeñas democracias de la antigüedad, en que los ciudadanos iban á las plazas públicas con coronas de rosas y pasaban casi todo su tiempo en danzas y espectáculos. No creo más en semejantes repúblicas que en la de Platón, ó si las cosas sucedían en ellas como se nos cuenta, no temo afirmar que esas pretendidas democracias se componían de elementos muy distintos de las nuestras y que sólo se parecían á éstas en el nombre.

Por lo demás, no debe creerse que las gentes que viven en las democracias se consideren dignas de lástima en medio de sus labores: se observa precisamente lo contrario. No hay hombres que estimen más su condición, en términos que encontrarían la vida desagradable si se les libertase de los cuidados que los atormentan, pues se muestran más aficionados á sus fatigas que los pueblos aristocráticos á sus placeres.

Yo me pregunto, por qué los mismos pueblos democráticos, que son tan graves, se conducen algunas veces de un modo tan inconsiderado.

Los americanos, que por lo regular tienen un exterior frío y un aire sosegado, se dejan, sin embargo, arrastrar con frecuencia fuera de sí por una pasión súbita ó por una opinión irreflexiva y suelen hacer con la mayor seriedad tonterías muy singulares. Este contraste no debe sorprender.

Hay una especie de ignorancia que nace de la extrema publicidad. En los estados despóticos los hombres no saben cómo obrar, porque nada se les dice; en las naciones democráticas obran muchas veces á la casualidad, porque se les ha querido decir todo, de manera que los unos ignoran y los otros olvidan. Los rasgos principales de cada cuadro desaparecen para ellos entre la multitud de detalles.

Se admira uno de tantas palabras imprudentes como algunas veces profiere un hombre público en los estados libres y sobre todo en los estados democráticos, sin comprometerse; mientras que en las monarquías absolutas, una palabra que se escape por casualidad, basta para descubrirlo para siempre y perderlo sin remedio.

Esto se explica por lo que precede. Cuando un hombre habla entre una multitud, muchas palabras no son oídas ó se borran bien pronto de la memoria de los que las escuchan; pero en el silencio de un auditorio mudo é inmóvil, los más débiles sonidos penetran en el oído.

En las democracias, los hombres no están nunca fijos: mil azares les hacen cambiar de lugar á cada instante y casi siempre reina un no sé qué de imprevisto, ó por mejor decir, de extemporáneo en su vida. Por esta razón se ven frecuentemente obligados á hacer lo que no saben ó han aprendido mal, á hablar de lo que no

entienden y á dedicarse á trabajos para los cuales no estaban preparados por un largo aprendizaje.

En las aristocracias, cada hombre no tiene más que un solo objeto que alcanzar, y éste lo prosigue constantemente; pero en los pueblos democráticos la existencia del hombre es muy complicada y es raro que el mismo espíritu no abrace á la vez muchos objetos extraños con frecuencia los unos á los otros, y como no puede conocerlos todos bien, se satisface con nociones imperfectas.

Cuando el habitante de las democracias no se halla acosado por sus necesidades, lo está á lo menos por sus deseos; pues entre todos los bienes que le rodean no ve ninguno que esté completamente fuera de su alcance. Hace todas las cosas con precipitación, se contenta siempre con poco y no se detiene nunca más que un instante para considerar cada uno de sus actos.

Su curiosidad es á la vez insaciable y satisfecha con facilidad, pues prefiere saber mucho con prontitud, á saber bien con madurez, y como tampoco tiene el tiempo suficiente, pierde presto el gusto de profundizar.

Así, pues, los pueblos democráticos son graves, porque su estado social y político los conduce sin cesar á ocuparse de cosas serias y obran inconsideradamente, porque no dedican sino muy poco tiempo y atención á cada una de estas cosas.

El hábito del descuido debe considerarse como el mayor vicio del espíritu democrático.

## CAPÍTULO XVI

**Por qué la vanidad nacional de los americanos es más inquieta y más fácil de irritarse que la de los ingleses.**

Todos los pueblos libres se muestran gloriosos de sí mismos; pero el orgullo nacional no se manifiesta en todos de la misma manera.

Los americanos, en sus relaciones con los extranjeros, se impacientan de la más leve censura y parecen insaciables de alabanzas.

El menor elogio les agrada, y rara vez basta el más grande para satisfacerlos; á cada instante quieren que se les adule y si se resiste á sus instancias, se alaban ellos mismos. Se diría que dudando de su propio mérito, desean tener constantemente á la vista el cuadro que lo representa. Su vanidad, no sólo es codiciosa, sino envidiosa é inquieta; aunque siempre pide, nada concede, y á un mismo tiempo es quimerista y exigente.

Si digo á un americano que su país es hermoso, al momento replica: «Es cierto, y no hay otro igual en el mundo». Si admiro la libertad de que gozan sus habitantes, me responde: «La libertad es un don muy precioso, pero hay pocos pueblos que sean dignos de gozarla». Si observo la pureza de costumbres que reina en los Estados Unidos, dice en seguida: «Concibo bien que un extranjero que ha visto la corrupción que se advierte en las otras naciones, debe admirarse de este espectáculo». Y si le abandono, en fin, á la contemplación de sí mismo, vuelve hacia mí y no me deja hasta que me hace repetir lo que acabo de decirle.

Es imposible imaginar un patriotismo más molesto y pesado, baste decir que fatiga á los mismos que le honran.

No sucede lo mismo con los ingleses. El inglés goza tranquilamente de las ventajas reales ó imaginarias que posee su país, y si no concede nada á los otros, tampoco pide nada en favor del suyo: ni el vituperio del extranjero le conmueve, ni sus alabanzas le lisonjean. Permanece á la faz del mundo entero en una reserva llena de desdén y de ignorancia, no tiene necesidad de estimular su orgullo y vive siempre en sí mismo.

Es muy de notar que dos pueblos que tienen el mismo origen se muestren tan opuestos en su modo de sentir y de hablar.

En los países aristocráticos, los grandes poseen inmensos privilegios, sobre los cuales se funda su orgullo, sin pretender alimentarse de las pequeñas ventajas que nacen de ellos. Estos privilegios obtenidos por herencia, los consideran, en cierto modo, como una parte de sí mismos ó á lo menos como un derecho natural é inherente á su persona y tienen, por lo mismo, un sentimiento pacífico de su superioridad, sin pensar en vanagloriarse de las prerrogativas que cada uno descubre y que nadie les niega. Tampoco los admiran bastante para hablar de ellos y permanecen inmóviles en medio de su grandeza, seguros de que todo el mundo los ve, sin que procuren ostentarse y de que nadie pretende hacerlos salir de ella.

Cuando una aristocracia dirige los negocios públicos, su orgullo nacional toma naturalmente una forma reservada, indolente y altanera, y todas las otras clases de la nación, la imitan. Cuando, por el contrario, las condiciones difieren poco, las más mínimas ventajas tienen mucha importancia; como cada uno ve en derredor suyo un millón de gentes que poseen semejantes ó análogos privilegios, su orgullo viene á ser exigente y envidioso, se fija en miserias y los defiende con obstinación.

Como en las democracias son muy móviles las condiciones, los hombres casi siempre han adquirido recientemente las ventajas que poseen, y esto hace que gocen un placer infinito en exponerlas á las miradas públicas, para mostrar á los demás y acreditarse á sí mismos que las disfrutaban, y como á cada momento pueden ellos perderlas, están constantemente alarmados y procuran hacer ver que las poseen todavía. Los hombres que viven

en las democracias aman á su país como se aman á sí mismos y trasladan los hábitos de su vanidad privada á su vanidad nacional.

La vanidad inquieta é insaciable de los pueblos democráticos depende de tal modo de la igualdad y de la fragilidad de las condiciones, que los miembros de la nobleza más orgullosa dejan ver enteramente la misma pasión en todo lo que tiene su existencia de inestable ó dudoso.

Una clase aristocrática difiere siempre en extremo de las otras clases de la nación, por la extensión y la perpetuidad de las prerrogativas; pero, sucede algunas veces, que muchos de sus miembros no difieren entre sí, sino por pequeñas y fugitivas ventajas que pueden perder y adquirir todos los días.

¡Cuántas veces se han visto los miembros de una poderosa aristocracia, disputarse con encarnizamiento los frívolos privilegios que dependen del capricho de la moda ó de la voluntad del señor y mostrar entonces precisamente los unos contra los otros los mismos celos pueriles que animan á los hombres de las democracias, el mismo ardor en apoderarse de las cortas ventajas que les disputaban sus iguales y la misma necesidad de exponer á las miradas de todos las que disfrutaban ellos!

Si los cortesanos tuviesen alguna vez el orgullo nacional, no dudo que dejarían ver uno en todo semejante al de los pueblos democráticos.

## CAPÍTULO XVII

**Por qué el aspecto de la sociedad en los Estados Unidos, es á la vez monótono y agitado.**

Nada parece más propio para excitar y alimentar la curiosidad que el aspecto de los Estados Unidos. Las leyes, las fortunas y las ideas varían sin cesar; aun se diría que la naturaleza misma tiene movimiento al ver cómo se transforma bajo la mano del hombre.

Sin embargo, la vista de esta sociedad tan agitada parece monótona á la larga, y después de haber contemplado por algún tiempo este cuadro tan móvil, el espectador concluye por fatigarse.

En los pueblos aristocráticos, cada uno está fijo en su esfera, pero los hombres son muy desemejantes y tienen pasiones, hábitos, ideas y gustos esencialmente diversos. Nada se mueve allí, pero todo difiere.

En las democracias, al contrario, todos los hombres son semejantes y hacen cosas poco más ó menos iguales. Están sujetos, es verdad, á grandes y continuas vicisitudes; pero como las mismas victorias é iguales reveses se repiten continuamente, sólo cambia el nombre de los actores, la pieza es la misma. El aspecto de la sociedad americana es agitado, porque los hombres y las cosas varían constantemente, y monótono porque todos los cambios son semejantes.

Los hombres que viven en los tiempos democráticos tienen muchas pasiones; pero la mayor parte de ellas vienen á parar en

el amor de las riquezas ó emanan de él, lo cual no proviene de que sus almas sean menguadas, sino de que la importancia del dinero es entonces realmente más grande: que cuando los ciudadanos son independientes y lo miran todo con indiferencia, sólo pagándoles se puede obtener su respectivo concurso, lo que multiplica hasta lo infinito el uso de la riqueza y aumenta su valor.

Desapareciendo el prestigio que se daba á las cosas antiguas, el nacimiento, la profesión, el estado, no distinguen ya á los hombres ó los distinguen muy poco, de manera que sólo el dinero puede crear diferencias visibles entre ellos ó hacer sobresalir á algunos. La influencia que nace de la riqueza se aumenta con la extinción ó menoscabo de todas las otras.

En los pueblos aristocráticos, el dinero no conduce sino á ciertos puntos de la vasta circunferencia de los deseos, pero en las democracias parece que con él nada deja de conseguirse.

El amor de las riquezas es por lo común la base principal ó accesoria de las acciones de los americanos y lo que da á todas sus pasiones un viso de familia que al fin hace fastidioso el cuadro. Esta vuelta continua á la misma pasión es monótona y los medios particulares que emplea para satisfacerla, lo son igualmente.

En una democracia constituida y pacífica como la de los Estados Unidos, en que nadie se puede enriquecer por la guerra, por los empleos públicos ni por las confiscaciones políticas, el amor de las riquezas dirige principalmente los hombres hacia la industria. Pero la industria, que frecuentemente trae grandes desastres y desórdenes, no puede sin embargo prosperar sino con el auxilio de costumbres regulares y por una larga serie de actos muy uniformes. Los hábitos son tanto más regulares, y los hechos tanto más uniformes, cuanto la pasión es más viva. Se puede decir que la evidencia misma de los deseos es lo que hace á los americanos tan metódicos, pues si bien ella perturba su espíritu, arregla también su vida.

Lo que digo de los americanos se aplica á casi todos los hombres de nuestros días. La variedad desaparece del seno de la especie humana; los mismos modos de obrar, de pensar y de sentir, se encuentran en todos los ángulos del mundo y esto no viene solamente de que todos los pueblos se comuniquen más y se copien con más fidelidad, sino de que separándose los hombres cada día

más en todos los países, de las ideas y sentimientos peculiares de una casta, de una profesión ó de una familia, llegan simultáneamente á lo que tiene un enlace más inmediato con la constitución del hombre, que es, por todas partes, la misma, haciéndose por esto semejantes y sin que jamás se hayan imitado. Son como viajeros esparcidos en un gran bosque, cuyos caminos conducen á un mismo sitio. Si descubren todos á la vez el punto céntrico y dirigen sus pasos hacia él, se acercan insensiblemente los unos á los otros sin buscarse, sin verse y sin conocerse, y al fin se sorprenden al encontrarse unidos en el mismo lugar. Todos los pueblos que toman por objeto de su estudio y de su imitación, no tal ó cual hombre, sino el hombre mismo, acabarán por encontrarse con las mismas costumbres, como los viajeros en el punto céntrico.

## CAPÍTULO XVIII

### Del honor en los Estados Unidos y en las sociedades democráticas (1)

Los hombres siguen, al parecer, dos métodos muy distintos en el juicio que hacen en público de las acciones de sus semejantes: unas veces los juzgan por las simples nociones de lo justo y de lo injusto que se hallan difundidas en todo el mundo; otros las aprecian según las nociones particulares de un país y una época. Sucede con frecuencia que estas dos reglas difieren y aun algunas veces se combaten; pero jamás se confunden enteramente ni se destruyen.

El honor, en el tiempo de su mayor poder, rige la voluntad más que la creencia, y los hombres, aun sometándose sin vacilar y sin violencia á sus mandatos, sienten todavía por una especie de instinto obscuro, pero poderoso, que existe una ley más general, más antigua y más santa á que desobedecen algunas veces sin dejar de conocerla. Muchas acciones han sido consideradas á la vez honestas y deshonorosas, y el no admitir un duelo ha estado frecuentemente en este caso.

(1) La palabra *honor* no tiene siempre el mismo sentido.

1.º Significa el precio, la gloria, la consideración que se obtiene de sus semejantes, y en este sentido se dice *conquistar el honor*.

2.º También significa el conjunto de reglas con cuyo auxilio se consigue este aprecio, esta gloria y esta consideración, y por eso se dice que un hombre se conforma siempre estrictamente á las leyes del honor, ó que ha faltado al honor.

En este último sentido he tomado la palabra *honor* al escribir este capítulo.

Creo que se pueden explicar estos fenómenos sin atribuirlos al capricho de ciertos individuos y de ciertos pueblos, como hasta aquí se ha hecho.

El género humano tiene necesidades permanentes y generales que han creado leyes de moral, á cuya inobservancia han unido naturalmente los hombres, en todos tiempos y en todos lugares, la idea del vituperio y de la vergüenza; han llamado *hacer mal*, el sustraerse á ellas y *hacer bien*, el someterse.

Se establecieron, además, en el seno de la vasta asociación humana, sociedades más reducidas que se llaman pueblos, y en ellos otras todavía que se llaman clases ó castas. Cada una de estas asociaciones forma como una especie particular en el género humano y aunque no difiera esencialmente de la masa de los hombres, se mantiene algo separada y experimenta necesidades que le son propias. Estas necesidades especiales son las que modifican en alguna manera y en ciertos países el modo de contemplar las acciones humanas, y el aprecio que conviene hacer de ellas.

El interés general y permanente del género humano, es que los hombres no se maten unos á otros; pero puede suceder que el interés particular y momentáneo de un pueblo ó de una clase, consista en ciertos casos en excusar y aun en honrar el homicidio.

El honor no es otra cosa que una regla especial fundada en un estado particular, con cuyo auxilio un pueblo ó una clase distribuye el vituperio ó la alabanza.

Como nada hay menos útil al espíritu humano que una idea abstracta, me apresuro á presentar un símil que pondrá en claro mi pensamiento.

Escogeré la especie de honor más extravagante que ha parecido jamás en el mundo y que nosotros conocemos bien: el honor aristocrático nacido en el seno de la sociedad feudal.

No pretendo averiguar cómo y cuándo nació la aristocracia de la Edad Media, por qué estaba tan separada del resto de la nación, ni lo que había fundado ó fortalecido su poder. La encuentro instalada y sólo trato de comprender por qué consideraba la mayor parte de las acciones humanas desde un punto de vista tan singular.

Lo que me admira desde luego es que en el mundo feudal las acciones no eran siempre alabadas ni reprobadas por su valor in-

trínseco, pues algunas veces las consideraba únicamente por relación á su autor ó á su objeto, lo cual repugna á la conciencia general de la especie humana. Ciertos actos indiferentes de la parte de un plebeyo, deshonoraban á un noble; otros variaban de carácter, según que la persona que los sufría era ó no de la aristocracia.

Cuando estas diferentes opiniones aparecieron, la nobleza formaba un cuerpo aparte en medio del pueblo que dominaba, desde las inaccesibles alturas adonde se había retirado. Para sostener esta posición particular que constituía su fuerza, necesitaba, no solamente privilegios políticos, sino virtudes y vicios peculiares.

Que tal virtud ó tal vicio perteneciese á la nobleza más bien que al estado plebeyo; que tal acción fuese indiferente de parte de un plebeyo ó vituperable si se trataba de un noble, he aquí lo que era frecuentemente arbitrario; pero que se contemplasen vergonzosas ú honrosas las acciones de los hombres, según su condición, eso resultaba de la misma constitución de la sociedad aristocrática.

Esto se ha visto, en efecto, en todos los países que han tenido una aristocracia, y mientras quede de ellas algún vestigio, se encontrarán, sin duda, tales singularidades. Seducir una doncella de color apenas daña la reputación de un americano y casarse con ella le deshonorra.

El honor feudal prescribía la venganza en ciertos casos y deshonoraba el perdón de las injurias; en otros, mandaba á los hombres imperiosamente vencerse y ordenaba la abnegación de sí mismo. No hacía, pues, una ley de la humanidad ni de la dulzura; pero alababa la generosidad, la liberalidad más que la beneficencia; permitía que cualquiera se hiciese rico en el juego ó en la guerra, pero nunca por el trabajo, prefería grandes crímenes á pequeños lucros. La concupiscencia le indignaba menos que la avaricia y le agradaba muchas veces la violencia, mientras que la astucia y la traición le parecían siempre despreciables.

Estas extravagantes nociones no eran sólo producidas por el capricho de los que las habían concebido.

Una clase que ha llegado á ponerse á la cabeza de todas las otras y hace constantes esfuerzos para conservarse en esta posición suprema, debe, por necesidad, honrar las virtudes en que hay grandeza y brillantez y que pueden combinarse fácilmente con el

orgullo y el amor del poder; no teme trastornar el orden natural de la conciencia colocando estas virtudes delante de las otras, y se concibe que eleve ciertos vicios estrepitosos y atrevidos sobre virtudes modestas y pacíficas, pues en cierto modo se ve obligada á ello por su condición.

Los nobles de la Edad Media anteponían el valor militar á todas las virtudes. Esta singular opinión tenía necesariamente su origen en el estado particular de la sociedad.

La aristocracia feudal había nacido de la guerra y para la guerra; había encontrado su poder en las armas y lo mantenía por ellas; nada le era más necesario que el valor militar, siendo justo que lo glorificase, sobre todo lo demás. Todo lo que exteriormente manifestaba ese valor, aun cuando fuese contrario á la razón y á la humanidad, era aprobado y muchas veces ordenado por ella.

Que un hombre mirase como una grave injuria el recibir una bofetada y hasta matara en un duelo al que ligeramente había ofendido, he aquí lo arbitrario; pero que un noble no pudiese sufrir tranquilamente una injuria y se deshonrase si se dejaba maltratar sin combatir, esto resultaba de los principios mismos y de las necesidades de una aristocracia militar.

Podía decirse, con verdad hasta cierto punto, que el honor tenía rasgos caprichosos; mas los caprichos del honor se encerraban siempre en límites precisos. Esa regla particular que nuestros padres llamaban honor está tan lejos de parecerme una ley arbitraria, que yo me atrevería á explicar sin dificultad en un pequeño número de actos fijos é invariables de las sociedades feudales, sus preceptos más raros é incoherentes.

Si yo siguiese al honor feudal hasta el campo de la política, tampoco me sería difícil explicar todos sus pasos.

El estado social y las instituciones políticas de la Edad Media eran tales, que el poder nacional jamás gobernaba directamente los ciudadanos. Este no existía, por decirlo, á sus ojos; cada uno conocía solamente cierto hombre á quien estaba obligado á obedecer y por él sujetaba sin saberlo á todos los demás.

En las sociedades feudales, el orden público dependía del sentimiento de fidelidad á la persona misma del señor, y destruído éste se caía al instante en la anarquía.

La fidelidad al jefe del Estado era, por otra parte, un senti-

miento de que todos los miembros de la aristocracia descubrían diariamente el verdadero valor, pues cada uno de ellos era á la vez señor y vasallo y tenía que mandar y obedecer. Permanecer siempre fiel á su señor, sacrificarse por él cuando las circunstancias lo exigían, participar de su buena ó mala suerte y ayudarle en sus empresas, cualesquiera que fuesen, tales eran los primeros deberes impuestos por el honor feudal en materia política. La traición del vasallo se condenó por la opinión con mucho rigor y se creó un hombre particularmente infamante llamándola *felonía*.

Por el contrario, apenas se hallan en la Edad Media algunos vestigios de esa pasión que dió vida á las antiguas sociedades: hablo del patriotismo. El nombre de patriotismo no es antiguo en nuestro idioma (1).

Obscureciendo la idea de patria, las instituciones feudales volvían su amor menos necesario y hacían olvidar el país inspirando pasión por un hombre.

Así es que el honor feudal no ha impuesto jamás una ley severa para guardar fidelidad á la nación; no porque el amor de la patria no existiese en el corazón de nuestros padres, sino porque no formaba en ellos más que una especie de instinto obscuro y débil que se ha hecho más claro y más fuerte á medida que se han destruído las clases y se ha centralizado el poder.

Esto se conoce por los juicios contrarios de los pueblos de Europa sobre los diferentes hechos de su historia, según la generación que los contempla. Lo que principalmente deshonraba al condestable de Borbón á los ojos de sus contemporáneos, era que había tomado las armas contra su rey, y lo que más le deshonra á los nuestros, es que hacía la guerra á su país; le vituperamos tanto como nuestros abuelos, pero por razones bien distintas.

He escogido para aclarar mi idea el honor feudal, porque tiene caracteres más marcados y conocidos que ningún otro; hubiera podido tomar ejemplos en otra parte y conseguir el mismo objeto por otro camino.

(1) La palabra *patria* no se encuentra en los autores franceses, sino desde el siglo décimosexto. La palabra *patriota* la introdujo en el idioma francés y la inventó Saint Simón para aplicársela á Vaubau.— (N. del T.)



Aunque nosotros hemos conocido menos á los romanos que á nuestros antepasados, sabemos, sin embargo, que existían entre ellos, en materia de gloria y de deshonor, opiniones particulares que no procedían solamente de las nociones generales del bien y del mal. Un gran número de acciones humanas se consideraban desde un punto de vista diferente, según se trataba de un ciudadano ó de un extranjero, de un hombre libre ó de un esclavo; se glorificaban ciertos vicios y ensalzaban ciertas virtudes más que otras. «En ese tiempo—dice Plutarco, en la vida de Coriolano—se honraba y adoraba la proeza en Roma sobre todas las otras virtudes; de lo cual hace fe el que se la llamaba *virtud*, del nombre mismo de la virtud, dando así el nombre común del género á una especie particular; de tal suerte que virtud, en latín, significaba tanto como valor» ¿Y quién no reconoce que esta era la principal necesidad de la asociación singular que se había formado para la conquista del mundo?

Cada nación se presta más ó menos á observaciones análogas, porque, como he dicho antes, siempre que los hombres se reúnen en sociedad particular, se establece entre ellos un honor, es decir, un conjunto de opiniones propias sobre lo que se debe alabar ó reprobar, y estas reglas particulares tienen por necesidad su origen en los hábitos é intereses especiales de la asociación.

Todo esto se puede aplicar, hasta cierto punto, á las sociedades democráticas como á todas las otras, y vamos á hallar la prueba entre los americanos (1).

Todavía se encuentran esparcidas entre las opiniones de los americanos, algunas pocas nociones del antiguo honor aristocrático de Europa, que no están arraigadas ni tienen poder; como una religión en que ya no se cree y de que se dejan subsistir algunos templos.

En medio de esas nociones casi borradas de un honor exótico, aparecen algunas nuevas opiniones que constituyen lo que podría llamarse entre nosotros, *honor americano*.

He hecho ver de que manera los americanos son impelidos

(1) Hablo aquí de los americanos que habitan países en donde no existe la esclavitud; pues éstos son los únicos que pueden presentar la imagen completa de una sociedad democrática.

hacia el comercio y la industria. Su estado social, su origen, las instituciones políticas y el lugar mismo que habitan, los arrastra de un modo irresistible hacia este lado. Por ahora forman una asociación casi exclusivamente industrial y comerciante, colocada en un país nuevo é inmenso que se ha propuesto sobre todo beneficiar. Tal es el cargo característico que distingue hoy principalmente á los americanos de todos los otros pueblos.

Todas las virtudes pacíficas que tienden á regularizar el cuerpo social y á favorecer el negocio deben, pues, ser estimadas en este pueblo, y no se podrían descuidar sin incurrir en el desprecio público.

Todas las virtudes turbulentas que hacen brillar algunas veces la sociedad, pero que la trastornan con más frecuencia, ocupan en la opinión de este pueblo un puesto muy subalterno. Se pueden descuidar sin perder el aprecio de sus conciudadanos, pues más bien se perdería adquiriéndolas.

Con la misma arbitrariedad clasifican los vicios los americanos. Hay ciertas inclinaciones perniciosas en el sentir común y en la conciencia universal del género humano, que están de acuerdo con las necesidades particulares y momentáneas de la asociación americana, y aunque las repruebe débilmente, algunas veces también los alaba. Citaré, como la principal, el amor de las riquezas y las inclinaciones secundarias que de él se derivan. Para desmontar, fecundar y transformar ese vasto continente desierto, que es su dominio, necesita el americano de una pasión enérgica, y ésta no puede ser otra que el amor de las riquezas; tal pasión, pues, no es reprobada en América, sino más bien honrada, con tal que no traspase los límites que la señala el orden público. El americano, llama noble y estimable ambición lo que nuestros padres de la Edad Media llamaban codicia servil y llaman aquéllos furor ciego y bárbaro, la conquistadora actividad y genio guerrero que el impelía á los segundos cada día á nuevos combates.

En los Estados Unidos, las fortunas se hacen y se destruyen con facilidad. El país no tiene límites y está lleno de recursos inagotables. El pueblo tiene todas las necesidades y todas las pasiones de un sér que crece y, cualesquiera que sean sus esfuerzos, se ve siempre rodeado de más bienes que los que puede adquirir. Lo que principalmente se debe temer en un pueblo semejante, no es

la ruina de algunos individuos que bien pronto se repara, sino la inactividad y molicie de todos. La audacia en sus empresas industriales es la primera causa de sus progresos rápidos, de su fuerza y de su grandeza. La industria es para él una vasta lotería en que un pequeño número de hombres pierden continuamente, mientras que el Estado gana siempre: un pueblo semejante debe favorecer y aun honrar la audacia en materia de industria, aunque toda empresa atrevida comprometa la fortuna del que se entrega á ella y la de todos los que se fían de él. Los americanos, que hacen de la temeridad comercial una especie de virtud, en ningún caso pueden vituperar á los temerarios.

De aquí nace la indulgencia tan singular que se demuestra en los Estados Unidos con el comerciante que quiebra, cuyo honor no sufre con semejante accidente. En esto difieren los americanos, no sólo de los pueblos europeos, sino de todas las naciones comerciantes de nuestros días; así como no se parecen á ninguna de ellas por su condición ni por sus necesidades.

En América, se tratan con una severidad desconocida en el resto del mundo todos los vicios que alteran la pureza de las costumbres y destruyen la unión conyugal. Esto contrasta á primera vista de un modo extraño, con la tolerancia que muestran sobre otros puntos y cualquiera se sorprende al ver una moral tan relajada y austera en el mismo pueblo.

Estas cosas no son tan incoherentes como se supone. La opinión pública en los Estados Unidos reprime suavemente el amor de las riquezas, porque tiene por objeto la industria y la prosperidad de la nación y condena con rigor las malas costumbres, porque distraen el espíritu humano de la adquisición del bienestar y turban el orden interior de la familia tan necesario al progreso de los negocios. Los americanos, para lograr la estimación de sus semejantes, necesitan someterse á hábitos regulares y en este sentido puede decirse que fundan su honor en ser castos.

El honor americano concuerda en un punto con el antiguo de Europa, pone el valor á la cabeza de todas las virtudes y hace de él la principal necesidad moral del hombre, pero no considera el valor bajo el mismo aspecto.

En los Estados Unidos, se aprecia bien poco el valor guerrero; el que más se conoce y estima, es el que desafía los furios del

Océano para llegar más pronto al puerto; el que vuelve casi insensible á la súbita pérdida de una fortuna adquirida con gran trabajo y sugiere nuevos esfuerzos para formar otra. Un valor de esta suerte es necesario al mantenimiento y prosperidad de la asociación americana y con particularidad honrado y alabado por ella. Sin este valor, apenas puede conseguirse reputación entre los americanos.

Encuentro todavía otro rasgo que acabará de hacer evidente la idea de este capítulo.

En una sociedad democrática, como la de los Estados Unidos, en que las fortunas son pequeñas y están mal aseguradas, todo el mundo trabaja y el trabajo conduce á todo. Esto ha dado un nuevo giro al honor dirigiéndolo contra la sociedad.

He encontrado algunas veces en América gentes ricas, jóvenes, enemigas por temperamento de todo esfuerzo penoso, que se veían obligadas á abrazar una profesión; pues aunque su naturaleza y su fortuna les permitiesen vivir ociosas, la opinión pública se lo prohibía imperiosamente y les era preciso obedecer. Al contrario, he visto muchas veces en las naciones europeas, en que la aristocracia lucha todavía contra el torrente que la arrastra, hombre cuyas necesidades y deseos estimulaban sin cesar á permanecer en la ociosidad para no perder el aprecio de sus iguales, y más fácilmente someterse al fastidio y á la incomodidad, que al trabajo. ¿Quién no descubre en estas dos obligaciones tan contrarias dos reglas diferentes que emanan, sin embargo, del honor?

Lo que nuestros padres han llamado, por excelencia, el honor, no era á la verdad, sino una de sus formas; dieron un nombre genérico á solo una especie. El honor se encuentra, pues, en los siglos democráticos, pero no será difícil conocer que en aquéllos presenta una fisonomía diversa, no sólo son diferentes sus preceptos, sino también menos numerosos y menos claros y se siguen con más flojedad sus leyes.

Una casta se halla siempre en una situación más particular que un pueblo; no hay nada tan excepcional en el mundo como una pequeña sociedad compuesta siempre de las mismas familias, como la aristocracia de la Edad Media, por ejemplo y cuyo objeto es reconcentrar y retener exclusiva y hereditariamente en su seno la luz, la riqueza y el poder.

Ahora, cuanto más excepcional es la posición de una sociedad, tanto mayores son sus necesidades especiales y tanto más creen las nociones del honor, que corresponde á sus necesidades.

Los deberes del honor serán, pues, siempre menos numerosos en un pueblo que no se ha dividido en clases que en cualquiera otro y si viniesen á establecerse naciones en donde no las hubiese, el honor se limitaría á un corto número de preceptos, que se alejarían cada vez menos de las leyes morales adoptadas por el común de la humanidad.

De esta manera, pues, las prescripciones del honor serán menos extravagantes y menos numerosas en una nación democrática que en una aristocracia, y también más obscuras, como consecuencia necesaria de lo que procede.

Siendo menor el número de los rasgos característicos del honor y menos singulares, debe ser muchas veces difícil el distinguirlos.

Hay todavía otras razones. En las naciones aristocráticas de la Edad Media, las generaciones se sucedían en vano las unas á las otras; cada familia era en ellas como un hombre inmortal y perfectamente inmóvil; las ideas no variaban más que las condiciones.

Cada hombre tenía siempre delante de sus ojos los mismos objetos que consideraba desde el mismo punto de vista; penetraba poco á poco en los más mínimos detalles y su percepción debía ser á la larga, clara y distinta. Así, las opiniones que constituían el honor en los tiempos feudales, no solamente eran muy extravagantes, sino que cada una de ellas se presentaba en el espíritu bajo una forma clara y precisa.

En ninguna parte sucederá jamás lo que en América, donde todos los ciudadanos se conmueven y donde modificándose la sociedad por sí misma, todos los días cambia sus opiniones con sus necesidades. En semejante país se vislumbra la regla del honor, pero no se tiene el tiempo necesario para considerarla fijamente.

Aunque la sociedad fuese inmóvil, sería todavía difícil impedir que se diesen diversos sentidos á la palabra honor.

Como en la Edad Media cada clase tenía su honor, no se admitía la misma opinión á la vez por un gran número de hombres, y esto permitía darle una forma fija y precisa; tanto más, cuanto

que teniendo todos los que le admitían una posición idéntica y muy excepcional, se encontraban dispuestos naturalmente, á entenderse sobre los preceptos de una ley hecha para ellos solos. Se hacía del honor un código completo y detallado en donde todo se hallaba previsto y ordenado anticipadamente, presentando una regla fija y siempre visible á las acciones humanas.

En una nación democrática como la americana, en que las clases están confundidas y la sociedad entera no forma sino una sola masa, cuyos elementos son análogos, sin ser enteramente semejantes, no sería posible entenderse jamás con anticipación sobre lo que es permitido ó prohibido por el honor.

También existen en el seno de este pueblo ciertas necesidades que hacen nacer opiniones comunes en materia de honor, mas tales opiniones no representan nunca al mismo tiempo, del mismo modo ni con igual fuerza al espíritu de todos los ciudadanos; la ley del honor existe, pero carece frecuentemente de intérpretes.

La confusión es mucho más grande aún en un país democrático como el nuestro, en que, llegando á mezclarse las diferentes clases que componían la antigua sociedad, sin haberse podido todavía confundir, introducen sin cesar unas en el seno de las otras diversas nociones, á veces contrarias, de su honor; ó bien cada hombre, según sus caprichos, abandona una parte de las opiniones de sus padres y retiene otras; de suerte que, en medio de tantas medidas arbitrarias, no se puede establecer una regla común, siendo entonces casi imposible decir anticipadamente qué acciones serán estimadas ó reprobadas. Estos son tiempos desdichados; pero no durables.

Estando mal definido el honor entre las naciones democráticas, necesariamente es menos poderoso; pues es difícil aplicar con acierto y firmeza una ley que no es bien conocida. No viendo con claridad la opinión pública, que es el intérprete natural y soberano de la ley del honor, hacia que lado conviene dirigir el vituperio ó la alabanza, no pronuncia su opinión sino vacilando, algunas veces se contradice y muchas queda inmóvil y deja obrar.

La debilidad relativa del honor en democracias depende todavía de otras muchas causas.

El honor mismo en las aristocracias no es jamás admitido sino por un cierto número de hombres, frecuentemente reducido y siem-

pre separado del resto de sus semejantes. El honor se mezcla, pues, con facilidad y se confunde en su espíritu con la idea de todo lo que los distingue, presentándoseles como el rasgo distintivo de su fisonomía; aplican sus diversas reglas con todo el calor del interés personal y le obedecen, si puedo explicarme así, con una verdadera pasión.

Esta verdad se manifiesta claramente al leer las crónicas de la Edad Media en el artículo de los autos judiciales. Allí se ve que los nobles estaban obligados á servirse en sus contiendas de la lanza y de la espada, mientras que los plebeyos usaban el bastón «considerando, decían, que los plebeyos no tienen honor». Esto no quería decir, como se figuran algunos en nuestros días, que tales hombres fuesen despreciables; significaba solamente que sus acciones no eran juzgadas por las mismas reglas que los de la aristocracia.

Lo que admira, á primera vista, es que cuando el honor reina con todo ese pleno poder, sus preceptos son en lo general muy extraños; de tal manera, que parece que se le obedece mejor mientras más se separa de la razón; y por esto se deduce muchas veces que el honor es grande á causa de su misma extravagancia.

Estas dos cosas tienen el mismo origen, pero no dependen la una de la otra. Es más raro el honor á medida que representa necesidades más particulares y de un más corto número de hombres y precisamente por representar necesidades de esta especie es poderoso. El honor no es, pues, poderoso por ser extravagante, pero su extravagancia y su poder proceden de la misma causa.

Haré aún otra observación. En los pueblos aristocráticos difieren todas las clases, pero todas son fijas; cada uno ocupa en su esfera un lugar de donde no puede salir y allí vive en medio de otros hombres ligados con él de la misma manera; nadie puede esperar ni temer que no lo vean, pues no se encuentra un hombre de tan baja esfera que no tenga su círculo, y que deba escapar por su obscuridad del vituperio ó de la alabanza.

En los estados democráticos sucede lo contrario, pues confundiendo todos los ciudadanos en la multitud y agitándose sin cesar, la opinión pública no puede ejercer su acción; su objeto desaparece á cada instante y se le escapa. El honor será, pues, allí, menos imperioso y exigente, porque no obra sino en vista del pú-

blico, diferente en esto de la simple virtud que vive por sí misma y se satisface con su testimonio.

Si el lector se ha hecho bien cargo de lo que precede, ha debido comprender que entre la desigualdad de las condiciones y lo que nosotros llamamos honor, hay una relación estrecha y necesaria que, si yo no me equívoco, no había sido aún bien indicada. Debo, pues, hacer el último esfuerzo para ponerla en claro.

Una nación se coloca aparte en el género humano. Independiente de ciertas necesidades generales inherentes á la especie humana, tiene ella sus intereses y sus necesidades particulares. Pronto se establecen en su seno en materia de alabanza ó vituperio ciertas opiniones que le son propias y que sus ciudadanos llaman honor.

En el seno de esta misma nación viene á establecerse una clase que, separándose á su vez de todas las otras, contrae necesidades particulares, y éstas hacen también nacer opiniones especiales. El honor de esta casta, mezcla extravagante de las nociones particulares de la nación y de las de la casta misma más particulares aún, se alejará tanto cuanto puede imaginarse, de las opiniones simples y generales de los hombres. Hemos llegado al punto extremo, descendamos ahora.

Mezclándose las clases se destruyen los privilegios. Habiéndose hecho semejantes é iguales los hombres que componen la nación, sus intereses y sus necesidades se confunden y se ve desvanecer sucesivamente todas las nociones singulares que cada casta llamaba honor. El honor no trae ya su origen sino de las necesidades particulares de la nación misma y representa su carácter individual entre los pueblos.

Finalmente, si fuese permitido suponer que se confundiesen todas las razas y que todos los pueblos del mundo viniesen á tener los mismos intereses, las mismas necesidades y á no distinguirse los unos de los otros por ningún rasgo característico, se dejaría enteramente de dar un valor convencional á las acciones humanas y todas las mirarían desde el mismo punto de vista, siendo su norma común, las necesidades generales de humanidad que la conciencia revela á cada hombre.

Entonces no se encontrarían en este mundo otras nociones que las simples y generales del bien y del mal, á las cuales se ligarían

por un vínculo natural y necesario las ideas del vituperio ó de la alabanza.

Así, para encerrar por último en una sola regla todo mi pensamiento diré, que las desemejanzas y desigualdades de los hombres son las que han creado el honor, que él se debilita á medida que estas diferencias se borran y que aun podría suceder que desapareciese junto con ellas.

## CAPÍTULO XIX

**Por qué se encuentran en los Estados Unidos tantos ambiciosos y tan pocas grandes ambiciones.**

Lo primero que sorprende en los Estados Unidos, es la multitud innumerable que trata de salir de su condición originaria y el pequeño número de grandes ambiciones que se ven en medio de ese movimiento universal de ambición.

No hay americano que no parezca abrasado por el deseo de elevarse, pero hay pocos que alimentan vastas esperanzas y aspiran muy alto. Si todos quieren adquirir incesantemente bienes, reputación y poder, pocos se desvelan por las grandes cosas, y esto hace á primera vista tanta más impresión, cuanto que ni en las leyes ni en las costumbres de América se advierte absolutamente nada que deba limitar los deseos ni impedirles extenderse por todos lados.

Parece difícil atribuir este estado singular de cosas á la igualdad de las condiciones, pues al momento en que ella se estableció entre nosotros, hizo nacer ambiciones casi sin límites. Creo, sin embargo, que en el estado social y en las costumbres de los americanos es donde debe buscarse principalmente la causa de lo que precede.

Toda revolución aumenta la ambición de los hombres y en particular la que derriba una aristocracia.

Viniendo á desaparecer de repente las antiguas barreras que separaban la multitud de la fama y del poder, se hace luego un movimiento impetuoso y universal hacia esas grandezas tanto tiempo envidiadas, cuyo goce es al fin permitido.

En la primera exaltación del triunfo nada se hace imposible; no tienen límites los deseos, ni siquiera la facultad de satisfacerlos. En medio de esta renovación repentina y general de las costumbres y de las leyes, en esta vasta confusión de todos los hombres y de todas las reglas, los ciudadanos se elevan y caen con una rapidez extraña y el poder pasa tan deprisa de una mano á otra, que ninguno debe desesperar de lograrlo alguna vez.

Por otra parte no se debe olvidar que las gentes que destruyen una aristocracia, han vivido bajo sus leyes, han visto su esplendor y se han dejado penetrar sin saberlo de las ideas y sentimientos que ella había concebido. Así, pues, en el momento en que se disuelve una aristocracia, su espíritu fluctúa sobre la masa, y se conservan sus instintos por mucho tiempo, después que se le ha vencido.

Las grandes ambiciones se manifiestan siempre mientras dura la revolución democrática y también por algún tiempo después.

El recuerdo de los acontecimientos extraordinarios que han presenciado no se borra en un día, de la memoria de los hombres ni las pasiones que la revolución había sugerido desaparecen con ella. El sentimiento de la inestabilidad se perpetúa en medio del orden y la idea de la facilidad del éxito sobrevive á las extrañas vicisitudes que la habían hecho nacer. Los deseos permanecen muy vastos cuando los medios de satisfacerlos disminuyen cada día; subsiste el amor de las grandes fortunas, aunque éstas sean muy raras y se encienden en todas partes desproporcionadas ambiciones que abrasan en secreto y sin fruto el corazón que las encierra.

Poco á poco, sin embargo, se borran las últimas señales de la lucha y los restos de la aristocracia acaban por desaparecer. Se olvidan los grandes acontecimientos que han acompañado su caída; el reposo sucede á la guerra, el imperio del orden renace en el seno del mundo nuevo; los deseos se proporcionan á los medios; las necesidades, las ideas y los sentimientos se encadenan; los hombres llegan á nivelarse, y la sociedad democrática queda por fin establecida.

Si consideramos un pueblo democrático en estado permanente, nos presentará un espectáculo muy diverso del que acabamos de contemplar, y sin dificultad juzgaremos que si la ambición se

hace más grande mientras se igualan las condiciones, pierde este carácter cuando son ya iguales.

Cuando las grandes fortunas se dividen y la ciencia se halla muy extendida, ninguno queda del todo privado de luces ni de bienes; estando abolidos los privilegios y las incapacidades de clases y habiendo roto los hombres para siempre los lazos que los tenían inmóviles, la idea del progreso se presenta al espíritu de cada uno de ellos; el deseo de elevarse nace á la vez en todos los corazones y cada hombre quiere salir de su esfera. La ambición se hace el sentimiento universal.

Pero si la igualdad de las condiciones proporciona á todos los ciudadanos algunos recursos, también les impide tenerlos muy extensos; lo cual encierra necesariamente los deseos dentro de límites muy estrechos. En los países democráticos la ambición es ardiente y continua, pero de ordinario no puede aspirar á mucho; y la vida se pasa, por lo común, codiciando bienes que se encuentran siempre al alcance.

Lo que principalmente desvía á los hombres de las democracias, de la grande ambición, no es la pequeñez de su fortuna, sino el esfuerzo violento que hacen todos los días para mejorarla; obligan al alma á emplear todas sus fuerzas en hacer cosas medianas, lo cual no puede menos de limitar bien pronto su vista y circunscribir su poder.

El corto número de ciudadanos opulentos que se encuentran en el seno de su democracia, no hace excepción á esta regla. Un hombre que se eleva por grados hacia la riqueza y el poder, contrae en este largo trabajo hábitos de prudencia y de recato de que no se deshace por largo tiempo. Su alma no se ensancha gradualmente como su casa.

Una observación análoga se aplica á los hijos de este hombre. Es verdad que han nacido en una posición elevada; pero sus padres han sido humildes, han crecido en medio de sentimientos é ideas de que más tarde les es difícil sustraerse, y se debe creer que heredarán al mismo tiempo los instintos y los bienes de sus padres.

Puede suceder, al contrario, que el vástago pobre de una poderosa aristocracia muestre una grande ambición, porque las opiniones tradicionales de su linaje y el espíritu general de su clase, lo sostengan todavía algún tiempo sobre su fortuna.

Lo que también impide á los hombres de los tiempos democráticos entregarse á la ambición de las grandes cosas, es el tiempo que calculan deben pasar antes de poder emprenderlas. «Es una gran ventaja—dice Pascal—la calidad que á los dieciocho ó veinte años permite á un hombre hacer por sí lo que no haría otro hasta los cincuenta, pues son treinta años ganados sin dificultad».

Estos treinta años faltan, por lo común, á los ambiciosos de las democracias, y la igualdad que permite á cada uno alcanzarlo todo, impide, al mismo tiempo, el ir deprisa.

En una sociedad democrática, como en cualquiera otra, no se puede hacer sino un cierto número de grandes fortunas, y como los que conducen á ellas están abiertos indistintamente á todos los ciudadanos, es preciso que el progreso de cada una no sea muy rápido. Como los candidatos parecen poco más ó menos semejantes, y es difícil hacer entre ellos una elección sin violar el principio de la igualdad, que es la ley suprema de las sociedades democráticas, la primera idea que se presenta es hacerlos marchar á todos al mismo paso y someterlos á las mismas pruebas.

A medida que los hombres se hacen más semejantes y que el principio de la igualdad penetra más tranquila y profundamente en las costumbres y en las instituciones, las reglas del adelantamiento se hacen más inflexibles; el adelantamiento es más lento, y crece la dificultad de llegar pronto á un cierto grado de esplendor.

A fuerza de odiar los privilegios y de embarazar la elección, se consigue obligar á todos los hombres, cualquiera que sea su capacidad, á sujetarse á una misma ley, sometiéndolos indistintamente á multitud de pequeños ejercicios preliminares en que pierden su juventud y se extingue su imaginación; de suerte que ellos desesperan de gozar jamás, plenamente, los bienes que se les ofrecen, y cuando al fin llegan á poder hacer cosas extraordinarias, han perdido totalmente el gusto de ellas.

En China, donde la igualdad de las condiciones es muy grande y muy antigua, un hombre no pasa de un empleo á otro sin haberse sometido á un concurso. Esta prueba se repite á cada paso en su carrera y la idea está tan arraigada en las costumbres, que recuerdo haber leído una novela china en que después

de muchas vicisitudes, el héroe conmueve el corazón de su amada sufriendo un buen examen. Mal pueden respirar grandes ambiciones en una atmósfera semejante.

Lo que digo de la política se aplica con la misma exactitud á todas las cosas; la igualdad produce en todas partes efectos semejantes y donde la ley no se encarga de arreglar y retardar el movimiento de los hombres, la competencia basta.

En una sociedad democrática bien establecida, las grandes y rápidas elevaciones son muy raras y hacen la excepción de la regla general. Su singularidad es la que hace olvidar su corto número.

Los hombres de las democracias descubren al fin todas estas cosas, y á la larga conocen que el legislador les abre un vasto campo en que todos pueden con facilidad dar algunos pasos, pero ninguno lisonjarse de recorrerlo aprisa.

Entre ellos y el vasto y último objeto de sus deseos, ven una multitud de pequeñas barreras que necesitan traspasar con lentitud, y esta vista fatiga anticipadamente su ambición y la rechaza; renuncian, pues, á esas lejanas y dudosas esperanzas para buscar cerca de sí goces menos elevados y fáciles. La ley no limita su horizonte, pero ellos mismos se lo estrechan.

He dicho que las grandes ambiciones eran más raras en los siglos democráticos que en los de aristocracia y ahora añado que cuando ellas nacen, no obstante estos obstáculos naturales, tienen una fisonomía diferente.

La carrera de la ambición en las aristocracias, es por lo general extensa, pero sus límites son fijos. En los países democráticos se agita en un campo estrecho, de donde, si por casualidad llega á salir, nada parece que la limita.

Como los hombres son débiles, móviles y aislados, los precedentes tienen muy poco imperio y las leyes poca duración, la resistencia á las innovaciones es muy débil y el cuerpo social no parece jamás bien establecido ni firme; de suerte que, una vez que los ambiciosos se han hecho dueños del poder, creen tener la facultad de abusar de todo, y cuando se les escapa, piensan en seguida en trastornar el Estado para lograrlo de nuevo. Esto da un carácter violento y revolucionario á la grande ambición política, que es muy raro ver con igual fuerza en las sociedades aristocráticas.

Una multitud de pequeñas ambiciones sensatas, entre las cuales se lanzan de tiempo en tiempo algunos grandes y más arreglados deseos; tal es el cuadro que presentan por lo común las naciones democráticas; no es fácil encontrar una ambición proporcionada, vasta y moderada.

He dado á conocer en otra parte los esfuerzos secretos por los cuales hacía predominar la igualdad en el corazón humano, la pasión por los goces materiales y el amor exclusivo de lo presente; estos diversos instintos se mezclan al sentimiento de la ambición y, por decirlo así, lo tiñe también con sus colores.

Creo que los ambiciosos de las democracias se ocupan menos que todos los otros de los intereses y de los juicios del porvenir, y que sólo el momento actual los ocupa y los absorbe: gustan más de acabar con rapidez muchas empresas que de elevar monumentos durables, porque prefieren la fortuna á la gloria. Lo que exigen principalmente de los hombres es la obediencia y lo que desean ante todo, es el imperio.

Como sus costumbres permanecen por lo regular bajas respecto á su condición, sucede con frecuencia que tengan gustos muy vulgares en medio de una gran fortuna y que parezca que no se elevan al poder soberano, sino para procurarse fácilmente placeres ruines y groseros.

Juzgo que conviene mucho entre nosotros purificar, arreglar y proporcionar el sentimiento de la ambición, pero sería muy peligroso comprimirlo y estrecharlo demasiado. Es preciso tratar de ponerle algunos límites que no se le permitirá nunca salvar y guardarse bien de entorpecer su vuelo dentro de los ya permitidos.

Confieso que temo menos la audacia en las sociedades democráticas que la mediocridad de los deseos; lo que más debe temerse es que en medio de las pequeñas é incesantes ocupaciones de la vida privada, pierda la ambición su vehemencia y su grandeza, y las pasiones humanas se aplaquen y se abatan al mismo tiempo; de modo que cada día se haga más tranquila y menos elevada la marcha del cuerpo social. Me parece, pues, que los jefes de estas nuevas sociedades, harían mal en tratar de distraer á los ciudadanos con una felicidad demasiado uniforme y pacífica y que más conviene darles algunas veces difíciles y peligrosos quehaceres, á fin de despertar la ambición y abrirle un vasto campo.

Se quejan sin cesar los moralistas de que el vicio favorito de nuestra época sea el orgullo. Tienen razón en cierto modo: no hay nadie, en efecto, que no crea valer más que su vecino y que consienta en obedecer á su superior; pero bajo otro respecto, esto es muy falso; pues ese mismo hombre que no puede soportar la subordinación ni la igualdad, se desprecia hasta el extremo de no creerse digno sino de los placeres del vulgo. Se detiene en los deseos medianos sin atreverse á acometer empresas elevadas, que apenas puede concebir.

Lejos de creer que deba recomendarse á nuestros contemporáneos la humildad, quisiera que se tratase de darles una idea más vasta de sí mismos y de su especie; pues lo que les hace más falta, en mi concepto, es el orgullo. Con gusto cedería muchas de nuestras pequeñas virtudes en cambio de ese vicio.